



ACTO TERCERO

CUADRO IV

DEGRADACION DEL CAPITAN DAVID

Decoración de gran patio de cuartel. En el foro una verja

ESCENA PRIMERA

Formando el cuadro, en cuyo centro debe verificarse la ceremonia, Comisiones de soldados de todos los Cuerpos de la guarnición de París, con sus respectivas banderas y estandartes. Manda las tropas el General Fouquet a caballo. Detrás de la verja aparece una apiñada y ávida muchedumbre ansiosa de contemplar el acto de la degradación.

Fou. *(Levantando la espada.)* ¡Tercien! ¡Armas!

ESCENA II

Dicho y el Capitán DAVID escoltado por el sargento y los soldados de la Guardia republicana, por el ángulo derecha. Al aparecer DAVID, dice:

CIUD. I. ¡Muera ese canalla!
PUEB. ¡Muera! *(Promuévese una inmensa gritería. El capitán y los que le acompañan se sitúan en el centro del cuadro; los soldados se retiran dejándole solo en el centro. Cerca el sargento. Baten marcha, tambores y clarines y se hace el silencio.)*

- FOU. Alfredo David. Ha sido usted condenado por el Consejo de guerra y por el delito de traición a la pena de deportación perpetua y degradación militar. Se ha hecho usted indigno de llevar las armas y le degradamos en nombre del pueblo francés.
- DAV. *(Con acento solemne levantando los brazos al cielo.)* ¡Mi general! Soy inocente. Juro que soy inocente. ¡Viva Francia!
- CIUD. II. ¡Muera el traidor!
- PUEB. ¡Muera! ¡Muera!
- FOU. Despójnle de las insignias de su grado. *(El sargento se acerca a David y le arranca los galones de capitán, arrojándolos al suelo.)*
- DAV. ¡Sobre la cabeza de mi esposa y la salud de mi hijo, juro que soy inocente!
- CIUD. I. ¡Muera ese bandido!
- PUEB. ¡Muera! ¡Muera! *(Promuévese nuevamente una inmensa gritería: suenan los clarines y se restablece el silencio.)*
- FOU. Despójnle de toda divisa militar. *(El sargento arranca las bocamangas, insignias de la tersiana, botones de la guerrera, y números del cuello del uniforme, arrojándolos al suelo. Por fin coge por la empuñadura el sable del capitán y también lo arroja al suelo.)*
- DAV. *(Con acento desesperado.)* Que sepa Francia, que sepa el mundo entero que habéis degradado a un inocente.
- PUEB. ¡Cobarde! ¡Traidor! ¡Judas! *(Los clarines imponen silencio por tercera vez.)*
- FOU. Se ha cumplido la primera parte de la Justicia militar... ¡Soldados! Este es el castigo que imponen las ordenanzas a los traidores. Condúzcanle de nuevo a su prisión. *(Los soldados que vinieron con el capitán le rodean y hacen mutis por donde vinieron. La muchedumbre llena de improperios al capitán.)*
- PUEB. ¡Canalla! ¡Perro judío!
- FOU. ¡Soldados, viva Francia!
- SOLDADOS. ¡Viva!

CUADRO V

LA DESPEDIDA

Telón muy corto figurando el interior de una prisión. Muy poca luz. Una silla de tijera junto a una pequeña mesa.

ESCENA PRIMERA

Aparece por la izquierda el Capitán David. Viene custodiado por el sargento y los soldados de la Guardia republicana.

- SARG. Ya hemos llegado... Capitán, salga usted de su abatimiento. Esta será su cárcel por algunos instantes.
- (David, sin pronunciar palabra, se sienta en la silla de tijera. Apoya los codos sobre la mesa dando muestra de una sorda desesperación. El sargento hace señas a los soldados para que desaparezcan. Estos vanse por la izquierda.)*
- SARG. *(Creo que la ocasión es propicia. El capitán se ha entregado a su sorda desesperación. ¡Tiemblo a mi pesar! ¡Vaya una responsabilidad la que contraigo! Adelante. Yo penetro en el alma de ese hombre. Se desespera porque se ve degradado. Sólo la muerte puede lavar la mancha de esa afrenta, la mayor que puede inferirse a un soldado. Le pondré el cuchillo sobre la mesa.)*
- (Se aproxima de puntillas y deja sobre la mesa sin que lo note el capitán, el cuchillo que trae oculto entre las ropas. Hecho esto hace mutis diciendo:)*
- ¡El capitán se lo clavará en el corazón!
- ¡No será deportado! *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA II

DAVID

DAV.

¡Olas de fuego que inundás mi cerebro!
 ¡Abrasadme!.. ¡Olas de sangre hirviente que
 corréis por mis venas! ¡Devorad mi existencia!
 ¡Héme aquí sin las insignias de mi uniforme
 para ser deportado! ¡Espantosa iniquidad!
 ¡Horrenda injusticia!.. ¿Tendré fuerzas para
 resistir esta afrentosa ignominia? ¿Cuándo
 me arrancaron las insignias de mi grado,
 ¿cómo no mordí la mano que cayó sobre mi
 cuerpo? ¿Cómo he podido consentir que se
 haya destruido mi honor militar sin haber
 me arrancado la vida? (Pausa.) ¡Soy inocente!
 ¡Soy inocente!.. Y estas frases que salieron del
 fondo de mi alma no han conmovido a mis
 implacables jueces.. ¡Ni siquiera han temido
 el valor de condenarme a la pena de ser pasa-
 do por las armas!.. ¡No han querido fusilarme
 para que el uniforme militar no me sirviera
 de honrosa aunque sangrienta mortaja!.. ¡Me
 han dado una muerte mil veces más horrible
 que la muerte misma! (Levantándose.) ¿Y esto
 lo consiente Dios?.. ¡Ha de triunfar la villanía
 de los hombres para que sucumban la inocen-
 cia y la virtud?.. ¡Universo, eres una membra-
 ra!.. ¡Honor, eres una sombra!.. ¡Humanidad,
 eres un fantasma!.. ¡Sólo el dolor es grande!
 ¡Sólo la infamia es verdadera! (Cae abrumado
 sobre la silla, volviendo a su primera actitud por
 algunos momentos.) ¡Matarme! Buen pensamien-
 to. ¿Pero cómo? ¿Cómo llevo a cabo mi pro-
 pósito antes de que me separen en vida? (Se
 fija en el puñal que está sobre la mesa y

toma nerviosamente.) ¡Con este puñal! (Llevanta
 el brazo como para clavarse el puñal en el co-
 razón y detiene su impulso ante la idea que sú-
 bitamente le acosa.) ¿Mas cómo ha venido este
 hierro a mis manos? ¿Qué voluntad lo ha
 traído? Calma, capitán David, calma. Esta es
 la hora de la suprema lógica.. Sepamos a
 quién favorece o a quién perjudica mi muerte.
 Si fuera culpable, sería yo el favorecido parti-
 tiéndome el corazón. La sangre lava, en cierto
 modo, la traición del soldado.. Mas siendo ino-
 cente.. ¡Oh! siendo inocente redunda en mi
 perjuicio.. Esto no tiene duda.. La sangre,
 en todo caso, viene a ser como el certificado
 de la culpa.. No habiendo culpa me cierra
 el camino de la esperanza; de la reivindica-
 ción.. ¡Oh! No.. No.. Alfredo David; de-
 muestra que tienes más valor que el que co-
 rresponde a un vulgar suicida.. Alevoso pu-
 ñal, besa tú el polvo de la tierra. (Arroja al
 suelo el puñal.)

ESCENA III

Dicho y SARGENTO por la izquierda

SARG.

¡Capitán!

DAV.

¿Ha llegado ya la hora? ¿Vienen ya a depor-
 tarme?

SARG.

Todavía no. Vengo para decirle que una señora
 y un caballero traen un permiso especial para
 ver a usted por unos instantes.

DAV.

¿Una señora y un caballero?... ¡Ah! Elvira y
 Genaro; no cabe duda.. Que pasen; que pasen
 al momento.

SARG.

(Al hacer mutis.) (¡No se ha matado! No sola-
 mente es traidor; es también cobarde.) (Vase
 por la izquierda.)

ESCENA IV

DAVID

DAV. En mi negra desesperación ya no me acordaba de las prendas más queridas de mi alma. Debo mostrarles un valor a toda prueba para hacer menos dolorosa esta entrevista.

ESCENA V

Dicho y ELVIRA y GENARO por la izquierda

ELV. (*Arrojándose en los brazos del capitán.*) ¡Alfredo!
¡Alfredo!

ALF. ¡Elvira de mi alma!

GEN. ¡Hermano mío!...

ALF. Aquí estoy Genaro, aquí estoy. (*Le alarga la derecha mientras sostiene a Elvira en sus brazos con la izquierda.*) Desahógate. Lloro cuanto quieras...

GEN. (*Enjugándose las lágrimas.*) Trabajo nos ha costado el verte.

ALF. ¿No recibiste mi carta?... ¿No os decía en ella que no lo intentaseis? Y bien, esposa mía... ¿Pasó el turbión de tus lágrimas? Mi corazón quiere romperse...

ALF. Ante todo, dime, ¿y nuestro hijo?...

ELV. Preguntando todos los días por su padre...

ALF. ¿Por qué se ha ido sin darme un beso?—dice.

ELV. ¡Hijo de mi alma!...

ALF. ¿Pero y tú?

ELV. Amparado en la tranquilidad de mi conciencia.

ALF. ¿Tienes valor?

ELV. El suficiente para no quitarme la vida.

ELV. ¿Morir tú?... Que nunca se cobije en tu cerebro semejante idea...

ALF. No hay peligro... Degradaron mi uniforme... Exteriormente me cubrieron de ignominia, pero la mancha no ha pasado de la vestidura.

ELV. ¡Ay qué pena tan horrible me quitas del corazón!... Cref que...

ALF. ¿Que no tendría valor para soportar la vida? ¿No es cierto?

ELV. Mentira me parece que pueda estrecharte entre mis brazos.

ALF. Viviré en mi amarga reclusión pensando en tí y en nuestro hijo.

GEN. Y con la esperanza de ver tu inocencia proclamada.

ALF. Pobre hermano mío. ¿Aún tienes fe en la justicia de los hombres?

GEN. No todos se hallan conformes en considerar el fallo del Consejo como un acto de justicia.

ALF. ¿Hay quien cree en mi inocencia?

GEN. En ella han puesto sus miradas todos los hombres de bien.

ELV. Animo, Alfredo. Se pedirá la revisión del proceso.

ALF. ¿La revisión del proceso? ¡Dios de bondad!

GEN. ¿Yo rehabilitado?... ¿Yo de nuevo en mi hogar?

ELV. No lo dudes.

GEN. Sírvate esa esperanza de consuelo. Que ella sea tu faro y tu guía en las oscuras tempestades de tu espíritu.

ELV. Se está iniciando una corriente poderosa de simpatía en tu favor.

GEN. Y al frente de ese vigoroso movimiento se pondrá en breve el hombre de mayor prestigio que tiene la Francia.

ALF. ¡El gran Emilio Zola!

ALF. ¿Qué estoy oyendo? ¿Cómo ha podido llegar mi inocencia hasta él?

ELV. Porque le fué presentada con lágrimas de mis ojos.

ALF. ¿Tú has sido quien?...

ELV. Acompañada de tu hermano... Le hice relación de nuestra desventura. Le dije que éramos judíos. Se lo conté todo; hasta la pedrada que recibió nuestro hijo el día mismo en que fuiste arrestado.

GEN. Yo me hallaba presente. Al acabar Elvira su relación brillaron los ojos de aquel hombre de un modo extraordinario. ¡La verdad había penetrado en su alma!

ELV. Con voz dulce, pero muy varonil, me dijo: Creo profundamente en la inocencia de su esposo. La misma piedra que alcanzó al hijo le dió al padre en mitad de la frente... Esto es mi mano, señora. Desde hoy, Emilio Zola consagrará por entero toda la actividad de su existencia al servicio de esa causa generosa. La de rehabilitar la inocencia de su marido.

ALF. Ahora es cuando siento ganas de llorar! *(Detente. Se oye la campana de un reloj de torre que da las nueve. A la segunda campanada suena un redoble de un tambor y luego un clarín. Al fin se abraza a su esposa, estremecido.)*

ESCENA VI

Dichos y SARGENTO y SOLDADOS por la izquierda

SARG. Llegó la hora.

ALF. ¡He ahí la terrible realidad! Fuerza es que nos separemos. ¡Adiós, Elvira! ¡Adiós, Genaro!

ELV. Prométeme que tendrás valor.

GEN. Valor para resistirlo todo.

ALF. ¡Lo tendré! Os lo prometo. Vamos. *(Vanse por la izquierda. El sargento delante, detrás el capitán y en pos los otros dos soldados.)*

ESCENA VII

ELVIRA y GENARO

ELV. ¡Genaro! ¡Genaro! ¡No puedo más!... *(Cae en la silla de tijera, sollozando.)*

GEN. Lo malo es que yo tampoco puedo aliviar tu pena porque ha zozobrado mi valor. ¡Pobre hermano mío! ¡Pobre hermano mío!

ELV. *(Levantándose súbitamente.)* ¿Vamos, Genaro?

GEN. ¿Dónde?

ELV. A verle partir.

GEN. ¿Cómo?

ELV. Sígueme.

GEN. Detente, Elvira. ¿Qué intentas?...

ELV. Ya lo dije.

GEN. ¿Ver a tu esposo humillado, escarnecido?

ELV. Eso quiero.

GEN. Seguido de las turbas que le ultrajan gritando: ¡Muera el traidor!.. ¡Muera el judío!.. Eso no es posible, hermana, eso no es posible... *(Con gran resolución.)* ¡Aunque se desgarré mi corazón quiero ver a mi esposo! *(Vanse por la derecha.)*

CUADRO VI

EXCELSIS DEI

Escena de confidencias, en el Colegio de Jesuitas, del Padre D'Aiglón. Poca luz. En el centro un altar con un Cristo de gran tamaño alumbrado por una lámpara que pende del techo. Muy severos el mueblaje y decorado.

ESCENA PRIMERA

Aparecen: a la derecha, sentado junto a una mesa, el Padre D'Aiglón. Enfrente, a la izquierda, varios Padres Jesuitas ocupando otros tantos sillones. Dentro un coro canta el «Excelsis Deo». Al terminar éste empieza el diálogo.

D'AIG. Hable usted, Padre Leocadio.
 LEOC. Mis informes no pueden ser más satisfactorios. El capitán David ha sido degradado y hoy mismo se pondrá en ejecución la segunda parte de la sentencia.
 D'AIG. Nuestro amigo y leal servidor, el general Fouquet, ha cumplido su palabra.
 DARRÁS. El incendio que hemos producido en París se ha comunicado a toda la Francia.
 D'AIG. Más todavía... a todo el mundo.
 DARRÁS. Hemos logrado lo que apetecíamos: dividir a los franceses. Las manifestaciones tumultuosas en los bulevares se suceden sin interrupción. La policía es impotente para dominarlas.
 D'AIG. ¡Hermoso fruto el que vamos recogiendo por nuestros trabajos en defensa de la Religión amenazada!
 DARRÁS. Los patriotas se hallan exaltadísimos porque les ha disgustado el fallo del Consejo de guerra, cuya lenidad hacemos atribuir al derramado a manos llenas por un sindicato de capitalistas judíos.
 D'AIG. ¡Admirable! ¡Padre Darrás, admirable!... Le felicito por el triunfo obtenido.
 DARRÁS. Ni yo, ni los Padres que me ayudan en esta tarea, merecemos ningún género de plácemes.
 LEOC. El pueblo nos ofrece materia muy laborable para llevar a cabo todo género de maquinaciones. Nuestros emisarios consiguen, sin

menor esfuerzo, inculcar a las muchedumbres las ideas más estupendas...

DARRÁS. Así hemos enemistado a los mismos liberales y demócratas... Hemos turbado la paz de las conciencias... Hemos hecho girones la tranquilidad de la Francia y no tiene duda que la descomposición iniciada tan vigorosamente, hará que el Ejército vuelva sus miradas hacia la única solución posible que tiene este pavoroso problema.

D'AIG. Conviene acentuar la discordia hasta el último grado... Si los partidarios del capitán desmayan, será preciso reanimarles arrojando a su voracidad algún nuevo indicio encaminado a probar la inocencia de su ídolo.

LEOC. El pueblo, siempre inconsciente, siempre ignorante, coadyuvará a nuestra obra de redención.

DARRÁS. El mismo se forja sus necesarias cadenas.

D'AIG. He aquí la razón por la cual conviene que las muchedumbres no sean nunca ilustradas. ¡Ay de nosotros! ¡Ay de la Religión que defendemos si a las malas pasiones del pueblo se uniera la luz suficiente en el cerebro para llevarlas a cabo! Pronto el mundo se convertiría en un feudo de liberales y masones. ¿No están conformes conmigo?

DARRÁS. Conformes en un todo, Padre General.

D'AIG. Afortunadamente, es muy consolador el espectáculo que ofrece la formidable legión de las hijas de la fe, de esas mujeres devotas puestas al servicio de la Orden con más tesón, si cabe, que nosotros mismos. Digo esto para que sepan todos que la Compañía de Jesús dispone hoy sobradamente del dinero indispensable para seguir la campaña y llevar a buen término la conspiración orleanista que se está fraguando en los cuarteles. Y ahora, reverendos Padres, retírese cada cual a su celda. (*Vanse por la izquierda todos, uno por uno, saludando con una profunda reverencia al Padre D'Aiglón.*)

ESCENA II

D'AIGLON

D'IG. Hasta aquí todo va perfectamente. Hoy será deportado el capitán David y recluso para siempre en una fortaleza. El capitán desaparecerá de la escena; mas no así la turbulenta lucha que viene desarrollándose en las calles de París. El asunto David es ya pasto de la curiosidad de las gentes. Se opera el milagro social. Se unen los elementos políticos más heterogéneos y se separan los periodistas más allegados por sus ideas y procedimientos.

ESCENA III

Dicho y PADRE DARRAS por la izquierda

DARRÁS. ¿Hay permiso, Padre General?
 D'AIG. ¿Qué ocurre?
 DARRÁS. En la antesala espera la señora que...
 D'AIG. Blanca Florisel... ¡Ah! Que pase... Que pase.
(Vase Padre Darrás por donde vino.)

ESCENA IV

D'AIGLON

D'AIG. Sin duda querrá hablarme del fallo que el Consejo de guerra ha dictado contra su aborrecido capitán.

ESCENA V

Dicho y BLANCA FLORISEL vestida de negro con un largo velo que le cubre el rostro.

BLA. ¡Padre! ¡Padre D'Aiglón!... *(Levantándose el velo.)*
 D'AIG. ¿Qué miro? ¿Cómo tan enlutada? Hace muchos días que no nos vemos... ¿Alguna desgracia de familia?
 BLA. Este luto, Padre D'Aiglón, sirve de oscura mortaja a la tranquilidad de mi conciencia.
 D'AIG. ¿Qué quiere decir eso? Explíqueme el enigma que parecen envolver sus palabras...
 BLA. Padre, me abrumba el peso de los remordimientos!.. Mi alma está atribulada...
 D'AIG. ¡Ah! Vamos. ¿Y por qué no ha venido usted antes, hija mía, y le hubiéramos dado el auxilio moral que necesita?...
 BLA. Porque no creo en la eficacia de ese auxilio...
 ¡Porque el espectro del capitán David!..
 D'AIG. ¿Qué escucho? Habla con voz temblorosa... Su cuerpo se agita como débil caña... ¡Desventurada mujer! Ya veo el estrago que ha producido en su conciencia una sombra vana...
 ¡Voluntad que decae!.. ¡Fe que cimbra!..
 BLA. ¡El capitán David es inocente!
 D'AIG. ¿Inocente y judío?
 BLA. Ese hombre ha sido degradado. Su alma ha quedado desgarrada como su honor militar.
 D'AIG. Es un bien para su alma... Así saldrá purificada por el sufrimiento.
 BLA. ¡Y después de haber hecho girones su uniforme sepultarán a ese desdichado en alguna de esas tumbas donde perecen los reos de Estado!

- D'AIG. Cuanto más grande y terrible sea su expiación, mayores méritos serán los suyos para obtener la gracia de Dios.
- BLA. Usted olvida, Padre D'Aiglón, que al degradar y perder al capitán David, hacemos pedazos su hogar donde se anidan otros dos seres importantes: una tierna criatura y una esposa desesperada.
- D'AIG. No tema usted por ellos. Ya tendrá su dolor buen pedestal en el oro de los judíos. No irán a cobijarse bajo la sombra protectora de la cruz.
- BLA. ¡Esa seguridad me espanta!... ¡Esa sangre fría me estremece!
- D'AIG. Tranquilícese usted, hija mía... ¿Qué cambio es éste? ¿Cómo se ha operado en su conciencia tan radical transformación? ¿Y aquel odio que sentía por el capitán? ¿No la burló villanamente?
- BLA. El odio de mi corazón ha desaparecido ante la enormidad de la venganza. Aquella fué la pasión de un día... Este es el horrible dolor de toda la existencia.
- D'AIG. En el nombre de Dios, yo, su ministro en la tierra, asumo toda la responsabilidad de los hechos.
- BLA. ¿Luego es Dios quien le inspira?
- D'AIG. Dios mismo.
- BLA. ¿El quien le da esa fortaleza de ánimo?
- D'AIG. Justamente.
- BLA. Entonces pídale que haga ese mismo milagro en mi conciencia... Que vuelva la serenidad a mi alma... el sueño a mis noches... la luz a mis días... y entonces daré crédito a sus palabras.
- D'AIG. Cuidado, hija mía, cuidado. Huyendo del mordimiento cae en brazos de la herejía.
- BLA. No baja a mi espíritu el rayo consolador de la gracia divina... ¡Mis noches seguirán siendo negras como mi obscuro delito!... La esperanza que puse en usted ha fracasado.
- D'AIG. Oiga la descreída. Donde falta la fe desaparece la gracia del Señor y germina la influencia

- del diablo... Por semejante senda nada se consigue. ¿Quién es capaz de desviar el curso de los acontecimientos? ¡Consummatum est, hija mía! Consummatum est...
- BLA. No, Padre D'Aiglón. El inmenso daño que he cometido aún puede repararse.
- D'AIG. ¿De qué manera?
- BLA. Delatándome yo misma. Diciendo a los jueces... El capitán David es inocente. Yo soy la causa del ardid infame que le hace aparecer como traidor a su patria.
- D'AIG. ¿Qué esucho? ¿Sería usted capaz de hacer lo que dice?..
- BLA. ¡Me considero capaz de todo!, de todo; menos de sufrir las mordeduras de esta negra serpiente que ha hecho su nido en mi alma.
- D'AIG. *(Levantándose y acercándose con ademán siniestro a Blanca.)* ¿Capaz usted de derribar mi grandioso edificio? ¿Capaz usted de comprometer los destinos de nuestra santa Religión?... Ja, ja, ja. *(Vuelve a tomar asiento.)*
- BLA. Ya sé lo que debo esperar de esa risa sarcástica. No se encuentra aquí el remedio que buscaba. Mi misión ha terminado.
- D'AIG. ¿Sabe usted lo que manda Dios contra las conciencias rebeldes? Su completo exterminio... ¿Y sabe usted lo que hacemos nosotros, los más fieles representantes de su Justicia en la tierra? Ejecutar los mandatos de Dios.
- BLA. ¿Dónde, pues, dirigirme? ¿Dónde se encuentra aquel Dios de bondad y misericordia, fuente de la vida y esperanza de los mortales? ¿Dónde se encuentra aquel tiernísimo Cordero, todo amor y piedad para los hombres? ¿Dónde está aquel amantísimo Jesús?
- D'AIG. Murió crucificado por los judíos en el calvario.
- BLA. Luego no hay esperanza; ¿no puedo redimirme del crimen que he cometido ni aun con el propio sacrificio?
- D'AIG. Lo que usted llama crimen, es virtud.
- BLA. ¿Virtud mi pecado?
- D'AIG. Con olor de santidad.

- BLA. ¿Luego el crimen no es crimen?
 D'AIG. Este es un caso excepcional.
 BLA. Basia, Padre... Usted me cierra todo camino de salvación... Sólo me deja libre una obscura vereda; la que conduce al suicidio.
 D'AIG. Mucho más agradable a los ojos de Dios que su primer pensamiento.
 BLA. Usted lo ha dicho. El verdadero Jesús murió en la cima del Gólgota. Necesitaba otro para llenar de horrible confusión mi conciencia y usted lo ha inventado.
 D'AIG. *(Estallando en formidable cólera con voz de trueno.)* ¡Sacrilega!... *(Luego, coge a Blanca violentamente por un brazo y la obliga a caer de rodillas al pie de la imagen, diciendo:)* ¡De rodillas ante el Dios de cielo y tierra!... *(Blanca queda como clavada en el suelo con la vista puesta en la imagen. Dentro suena el órgano con un tema religioso muy piano. Pausa.)*

ESCENA VII

Dichos y los PADRES LEOCADIO y DARRAS por la izquierda, con mucho misterio y cautela.

- DARRÁS. ¿Llama el Padre General?
 LEOC. ¿Quiere auxilio?
 D'AIG. *(Haciendo señas para que se acerquen.)* Esa mujer constituye un peligro formidable para el Orden. ¡Somos perdidos!
 DARRÁS. Entonces...
 LEOC. Estamos a sus órdenes.
 D'AIG. Tiene la manía del suicidio. Por las ventanas de este colegio que dan al Sena...
 LEOC. Está bien, Padre D'Aiglón.
 DARRÁS. Cuando llegue la noche.
 D'AIG. *(Acercándose a Blanca y tocándola ligeramente en un hombro.)* ¡Blanca Florisel!
 BLA. *(Levantándose asustada.)* ¿Quién me llama?

- D'AIG. Siga a esos Padres jesuitas.
 BLA. ¿Que les siga? ¿Dónde quieren llevarme?
 D'AIG. A la capilla del Sagrado Corazón. Allí encontrará la paz que necesita.
 BLA. ¿Será posible?
 D'AIG. No lo dude, hija mía. Los Padres le indicarán los ejercicios espirituales que debe practicar para que baje a su espíritu la gracia divina.
 BLA. Me entrego a la voluntad de Dios. En usted confío, Padre. *(Blanca hace mutis por la izquierda. La siguen los dos Padres jesuitas. El Padre D'Aiglón se hinca de rodillas ante el Cristo que hay en el foro. El órgano, que siguió sonando hasta entonces, modula para acompañar al coro, que vuelve a entonar el «Excelsis Deo». Caen el telón pausadamente.)*

FIN DEL ACTO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "MEXICO REYES"
 MONTERREY, MEXICO